





# PARAÍSO DESCIFRADO



Fernando Benito F. de la Cigöña

# PARAÍSO DESCIFRADO



Primera edición: agosto de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Fernando Benito F. de la Cigöña

ISBN: 978-84-18828-74-4

ISBN digital: 978-84-18828-75-1

Depósito legal: M-23126-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis abuelos*



# I

¿Dónde escondes tus manos  
en mis tiempos dilatados de silencio  
y hambre y silencio?  
¿Dónde está ahora tu aliento,  
forja de la libertad?  
¿Dónde tu calor,  
horizonte de la esperanza?

Abrázame, sostenme  
en tu brillo inmarcesible,  
moldéame,  
no me sueltes  
nunca, nunca me encierre yo huido del paraíso.

Y más aún:  
nunca me huyas,  
habita mi carne  
aunque tantas veces huela aquí a podredumbre,  
aunque yo te ignore y olvide,  
a ti,  
mi huésped, permanece en mí,

conmigo  
para que un día pueda recordarte,  
para que nunca  
desde aquel futuro suelte mi mandíbula tu nombre.

## II

Obviamente voy a buscar ansioso el brillo,  
lucharé ardiendo, reiré,  
perseguiré milagros y miradas porque no me queda otra.  
Firme y silenciosa empuja una fuerza,  
una pregunta infinita,  
un deseo que muerde por dentro al ser.

Corre, corre,  
busca el secreto custodiado.  
Busca la palabra única que la materia manifiesta.

Yo no existiría sin hambre y frío,  
tú no existirías,  
sino que danzarías eterna,  
vacía como un planeta o un ordenador.

### III

La víbora se durmió bajo el recuerdo. No escarbes. Porque todo vibra y se absorbe la energía abrasadora a través de estos ojos, estos oídos, estas manos precisas que buscan con ansia significados que sostener. Los cuerpos tiemblan porque una combustión se produce siempre. El campo infinito de la oscuridad se desvela a través de una franja y el hambre se agarra para siempre a existir.

Una mandíbula inmensa se arrastra por la conciencia. El miedo inunda de morado el misterio que se desgarras cuando brillan las muelas mutiladas.

Hemos tenido frío. Cuando las farolas tiemblan cansadas y los huesos se calan de un vacío que pesa como el plomo. Y la cicatriz en la breve frente suplica que un rayo suministre el shock de existir. Las manos frías no buscan más que refugio. El frío nos duerme conforme miramos el silencio y él nos mira con su fuerza frágil.

## IV

Soy humano.  
No quiero pertenecer  
a vuestro extraño grupo,  
a ninguno de ellos  
que caminan sin ojos al vacío.  
Tan solo soy humano,  
y disfruto con las manos  
y el alma del tiempo cuando se hace invisible,  
de cualquier voz o palabra o cuerpo.

Amar, huir  
del miedo siempre hacia la paz:  
otro camino no lo conozco.

## V

En este sueño  
larguísimo  
donde todo se desvanece  
te persigo a ti,  
soñador o arquitecto,  
fuente de mi sustancia,  
fuente única.

Haz que tu voz vibre sobre mi piel  
allá donde has permitido que lleve mis pasos.  
Haz que no me sostengan  
mis piernas, ponme los pelos de punta, rompe  
los velos que me he impuesto  
y me impiden palpar de veras.  
Déjame sumido en la amnesia  
y oriéntame al futuro  
por las estancias de tu sueño que son como un molde  
de mi alma,  
por las que perfeccionan el hechizo del laberinto,  
por las que conducen  
al fin a la memoria primigenia.

## VI

Era un sietemesino  
diminuto como el hueco  
que hay entre dos momentos.  
Era lleno de peligro  
y vacío de su fuerza,  
a punto de apagarse  
como el final de la tarde,  
tras la puerta que se cierra  
la luz,  
o una vela que titila,  
que lucha sin voluntad.  
Y con su curiosidad  
la debilidad oscila  
dentro y fuera de su cuerpo,  
tan, tan, tan pequeño  
que no guarda su peligro,  
lo expande y te asusta,  
te empequeñece y te ajusta  
al espacio del no-niño,  
de la cuerda floja de su lucha sin fuerza.

## VII

«No te apagues, no te pares  
nunca,  
permanece voraz»  
debo repetirme  
sol tras sol que se cae con rastro rosa.  
El tiempo se vuelve denso  
y deja un olor  
rancio cuando lo dejamos olvidarse  
solo.

El tiempo exige que lo empapemos de gasolina,  
que lo consumamos hasta sus entrañas  
que no existen, y después  
guardemos como tesoro  
en nuestros ojos sus cenizas que quedan velados.

«No te apagues, no te pares  
nunca,  
permanece voraz»  
repite la voz que germina  
sol tras sol con cada nacimiento.  
El mundo exige ser mirado,

el mundo exige ser construido  
con mentes y manos humanas.  
Esa es la condena que nos han impuesto,  
el regalo que nos han concedido  
con inagotable generosidad.  
Por eso indagamos en el otro  
buscando nuestra verdadera carne,  
la imperecedera.

«No te apagues, no te pares  
nunca,  
permanece voraz»  
repito agotándola  
sol tras sol que se cae buscando la paz.

## VIII

Deseo ejercitar  
verdaderamente el lenguaje o el silencio,  
sin escupir la violencia  
cruda e impulsiva, sin esconderme  
ni elaborar formas que no han brotado de mis raíces.

Deseo poseer  
verdaderamente el silencio de intención.  
Que  
por un momento  
existir sea puro.  
Solo un instante,  
mi ego no se interpondrá al tiempo y estaré saciado.

Mi alma postrada  
ante las palabras, deformada  
por sus exigencias conforme las pronuncio  
sin conocerlas de veras, arrastrado  
por un miedo a los ojos enfrentados en ausencia.  
Ellos, parejas que se saben  
incapaces de conocerse y, sin embargo,  
escuchando el pulso inquietante:

«Conóceme  
yo estoy aquí y soy un océano,  
soy otro océano,  
conóceme, estoy aquí,  
incluso puedes tocarme».

Deseo el valor  
para fundar mi amor en la ignorancia.

## IX

Si existes tan grande  
como dicen las palabras pequeñas  
y de veras tus ojos miran al vacío sin misterio,  
si siempre podré andar  
bajo tu cielo estrujado sin encontrar fronteras,  
pero aún quisiste tener manos  
para acariciar, comer y sentir dolor,  
déjame nadar en ti,  
Dios.

Porque sospecho que eres un impenetrable mar de acero  
dentro de una perla, al fondo de una cueva.  
Dame una eternidad  
para escarbarte despacio empapado de ti,  
la fuente de las fuentes de las fuentes,  
de la que mana mañana la muerte  
(un pentágono en forma de promesa).

Déjame nadar hasta tus ojos de nieve,  
al fondo del infinito,  
y mojar los míos que arden morados

en tu honda pupila fría,  
donde se abrazan conciencia y creación  
con los puños apretados.

Gracias por revelarnos  
en este camino de tierra  
el milagro de la materia.